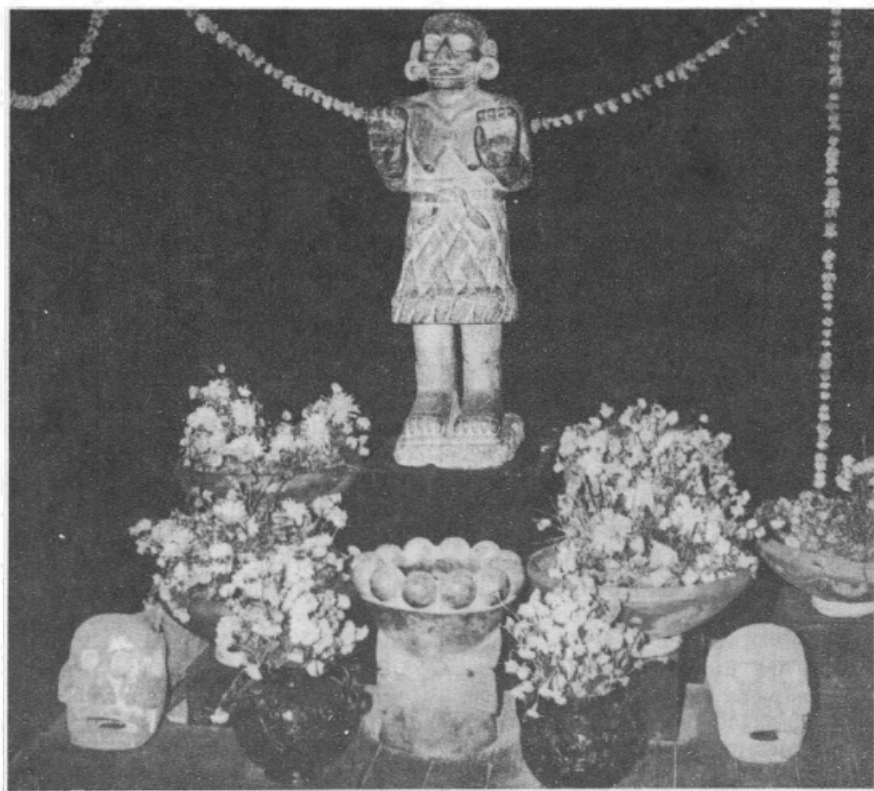


## ORIGEN DEL CULTO A LOS MUERTOS

***E**ntre los pueblos mesoamericanos el culto a los muertos era un rito arraigado desde épocas antiquísimas y revestía características particulares que respondían a su concepción del mundo y del universo. Estos pueblos consideraban la muerte sólo como otro estado del ser: una continuación de la existencia bajo otra modalidad. La conducta del individuo en esta vida no contaba para determinar dónde iba el alma, sino la ocupación que se tenía en vida, así como la forma en que se moría.*



FOTOGRAFÍAS: FOTOTECA DEL INAH

**L**a costumbre de conmemorar a los muertos se remonta a épocas muy lejanas; sus orígenes y características son profanos, ya que provienen de una etapa anterior a la difusión del cristianismo. Esta costumbre está relacionada con los festivales ígnicos que se celebraban durante varias épocas del año en Europa: en primavera y en verano, también a fines de otoño o en el invierno y, en especial, en la víspera de Todos Santos (31 de octubre). Las fechas más importantes de estos festivales ígnicos parecen ser 1 de mayo y 1 de noviembre, porque éstas marcan momentos culminantes de cambio del año en el continente europeo. Una, anuncia la proximidad del cálido verano, y la otra la del frío invierno. Esto era importante, sobre todo en los pueblos dedicados al pastoreo, como el pueblo céltico, ya que estas fechas marcaban, la primera, el inicio de la salida al campo con su ganado para pastar en las comarcas, la yerba nueva, y la otra fecha marcaba el regreso de los pastores hacia el refugio del establo, a donde conducían a su ga-

nado para pasar el invierno, resguardados. Esta fecha era la fiesta de las ánimas, a principios de noviembre que, como señala Frazer,<sup>1</sup> "bajo un delgado velo cristiano oculta la antigua fiesta pagana de los muertos".

Al parecer el pueblo celta fechaba el principio del año el 1 de noviembre, y en la antigüedad ésta fue una de las fiestas más importantes en casi toda Europa. En muchos pueblos se acostumbraba encender lo que llamaban el "fuego nuevo" en la víspera de Todos los Santos. De este "fuego nuevo", que era considerado sagrado, se reencendían todas las llamas para que su influencia benéfica perdurara los doce meses siguientes. Asimismo, en esa fecha usaban toda suerte de formas de adivinación para saber su futuro y su suerte para el año que se iniciaba. En toda Europa se creía que en estas fechas de transición del otoño al invierno era la ocasión en que las almas de los difuntos venían a lo que fueron sus hogares para reconfortarse al calor del fuego y acogerse al cariñoso recibimiento que sus seres queridos les hacían en la cocina o en la sala.

Como era la fecha en que los rebaños volvían al calor y refugio del establo después de andar en los pastos veraniegos, era entendible que los espíritus también dejaran los campos del desierto otoño donde andaban hambrientos y transidos de frío, para ir a refugiarse al hogar de sus familiares.

Y Frazer<sup>2</sup> pregunta:

<sup>1</sup> Frazer, James George, *La Rama Dorada*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951, p. 712.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 713.



¿No vuelve la turba mugidora de los pastos veraniegos en las selvas y montes para ser alimentada en el establo y gustar de él, mientras el viento crudo silba por entre el ondulante ramaje y arremolina la nieve en las hondonadas? ¿Podrían el hombre honrado y la mujer buena negar a los espíritus de sus muertos la bienvenida que dan a las vacas?

Desde luego que no. Y añade:

No son sólo las ánimas de los difuntos las que se supone que revolotean invisibles

en el día en que el otoño cede el empalidecido año al invierno. Las brujas también aumentan sus errabundeos dañinos, unas volando por el aire montadas en sus escobas, otras golpeando por los caminos sobre gatas que al anochecer se transforman en caballos negros. También andan sueltas todas las hadas y los duendes de todas clases vagan libremente.

De allí la tradición del *Hallowe'en*, en los países de origen sajón (*Hallowe'en* proviene del antiguo *All-hallow Even*,

que significa vispera de Todo lo Sagrado, que es el 31 de octubre).

Así, estos festivales ígnicos tenían por objeto celebrar la época de los solsticios: el de verano y el de invierno, ya que son los momentos culminantes del camino aparente del sol por el cielo. El hombre antiguo consideraba importante encender fuego en esas dos fechas, cuando el calor del sol empieza en el cielo a crecer o bien a menguar, ya que había la creencia de que mediante la magia imitativa el hombre podría obtener la seguridad de mantener la energía solar necesaria para el desarrollo de los seres vivos de la Tierra. Por otro lado, estos fuegos también tenían un sentido purificador, de eliminar del ambiente todo aquello que fuera nocivo para los seres humanos y la naturaleza.

Entre los pueblos mesoamericanos<sup>3</sup> el culto a los muertos también estaba arraigado desde épocas antiquísimas y revestía características particulares que respondían a su concepción del mundo y del universo.

Para los pueblos mesoamericanos el universo estaba concebido geográficamente según los cuatro puntos cardinales y geométricamente, en sentido horizontal y en sentido vertical. Ellos suponían que en el centro se hallaba la Tierra, la cual pensaban que era plana. Abajo de la Tierra, se hallaba el inframundo, y encima de la Tierra el Cielo; éste estaba conformado por trece cielos que creían estaban escalonados a semejanza de una pirámide.

Ometéotl, Ometecuhtli, Tloque Nahuaque, era el dios principal, el creador de todo: del mundo, de los dioses y de la humanidad. Moraba en el más alto de los trece cielos y también en el centro del Cielo, la Tierra y el Mictlán.

Cada uno de los puntos cardinales del Universo era morada de un dios: en el Norte moraba Tezcatlipoca, cuyo color era el negro y era el más malo. En el Sur se hallaba Huitzilopochtli, dios del sol y de la guerra, de color azul. En el Este, Xipe Tótec, dios de la siembra, de color rojo. Y en el Oeste, Quetzalcóatl, el dios sacerdote y dios del viento, de color blanco. Estos eran los dioses crea-



dores y de ellos dependía el bienestar de la comunidad: había que hacerles sacrificios para tenerlos propicios.

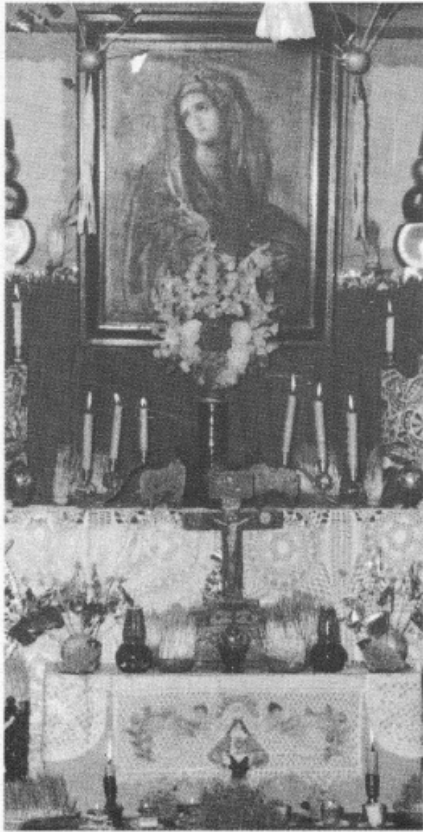
En el inframundo moraban los dioses de la muerte, agrupados alrededor de cuatro deidades principales. Se creía que la migración de los muertos al Mictlán duraba cuatro años y que después de ellos, las almas de los guerreros difuntos se transformaban en colibríes y descendían a la Tierra y se alimentaban del néctar de las flores.

Los pueblos del México antiguo, consideraban la muerte sólo como otro estado del ser: una continuación de la existencia bajo otra modalidad. La conducta del individuo en esta vida no contaba para determinar a dónde iba el alma, sino la ocupación que se tenía en vida, así como el tipo de muerte que se tenía.

Los guerreros eran la clase privilegiada que, al morir, iban al paraíso oriental del Sol (ubicado en el Norte). Las mujeres muertas en el parto también tenían el privilegio de ir al paraíso occidental del Sol. Cuando descenden a la Tierra de noche, son figuras fantasmales y de mal agüero y las representaban llevando en la cabeza una calavera y las



<sup>3</sup> Westheim, Paul, *Arte antiguo de México*, México, Editorial Era, 1970, p. 28 y ss.



manos y pies con garras: eran las "mujeres diosas", las *cihuateteo*.

Según detallada descripción de Caso,<sup>4</sup> Mictlantecuhtli, dios de la muerte,

aparece con el cuerpo cubierto con huesos humanos y el rostro con una máscara en forma de cráneo. Su pelo es encrespado, negro y decorado con ojos estelares, puesto que habita en la región de la oscuridad completa. Unos adornos de papel en forma de rosetas de las que salen conos, uno sobre la frente y otro en la nuca, son muy característicos de su atavío, y también lo son su bandera blanca y doblada y una como estola de papel blanco. Lleva como orejera un hueso humano. Sus animales asociados son el murciélago, la araña y el búho...

El Tlalocan era el "Paraiso Terrenal" de Tláloc. A él sólo podían llegar los que murieron por alguna enfermedad incurable, o fulminados por un rayo, o bien, murieron ahogados. Aquí llegaban los que habían sufrido mucho en la Tierra, eran acogidos por Tláloc y en este paraiso por fin lograban la felicidad.

Los que no eran elegidos por el Sol, ni por Tláloc, que morían de muerte natural, iban al Mictlán, que estaba situado al Norte. Las almas que iban allí sufrían una serie de pruebas pasando por nueve lugares llamados infiernos (aunque no en el concepto cristiano), donde después de cuatro años lograban el descanso.

Primero pasaban por un caudaloso río, un perro de color leonado guía el

alma del difunto, por ello, siempre los enterraban con un perro. Después pasaba entre dos montañas unidas. Posteriormente, por una montaña de obsidiana; el cuarto sitio era un lugar donde soplaban un viento helado, cortante; el quinto por un lugar donde flotaban las banderas. El sexto, era un sitio donde les tiraban flechas; el séptimo, era donde había fieras que comían corazones. El octavo era un lugar estrecho y pedregoso. En el noveno, descansaban las almas finalmente.

Caso<sup>5</sup> describe todo lo que acompañaba al muerto en su viaje:

Para ayudarlo en sus pruebas en la otra vida, se ponía con el cadáver un conjunto de amuletos que le permitían soportar las pruebas mágicas. Para el camino se le daba un jarrillo con agua, se amortajaba al difunto en cuclillas, liándolo fuertemente con mantas y papeles. Otros papeles le servían para atravesar por las sierras que se juntan, o para pasar por donde estaba una gran culebra, o donde estaba la lagartija verde llamada Xochi-

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 82, 83.

<sup>4</sup> Caso, Alfonso, *El Pueblo del Sol*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, p. 76 y ss.





tónal, los nueve páramos y los nueve collados, y quemaban los atavíos que había usado el difunto durante su vida, para que no tuviera frío al cruzar por donde el viento sopla tan cortante como navaja y le ponían en la boca una cuenta de jade para que le sirviera de corazón y quizá para dejarla en prenda en el 7° infierno donde las fieras devoraban los corazones de los hombres. Por último, le daban ciertos objetos valiosos, para que los entregara a Miclantecuhltli o a Mictecacihuatl, cuando llegara al fin de su jornada. Quemaban el bulto del muerto, y guardaban las cenizas y la piedra de jade en una urna, que enterraban en uno de los aposentos de la casa y les hacían ofrendas a los 80 días, y cada año, hasta los cuatro años que duraba el viaje a ultratumba, y después ya no lo hacían más.

Por otro lado, había 13 cielos, habitados por deidades. En el primer cielo hallamos a la luna y en él se forman las nubes. En el 2° están las estrellas, allí vive Citlalatónac, la Via Láctea y Citlalicue, los dioses del cielo nocturno. En el 3° se halla el Sol. En el 4° está Huixtocihuatl (la diosa de la sal). En el 5°

están las estrellas errantes, los cometas y el fuego. En el 6° está el cielo verde. El 7° es el azul, donde vive Huitzilopochtli. En el 8° crujían los cuchillos de obsidiana. El 9° era el cielo blanco. El 10° el amarillo. El 11° es el rojo y el 12° y el 13° eran un cielo doble, donde vivían los dioses creadores: Ometecuhltli y Omecihuatl. En él estaban las almas de los niños que mueren antes de tener uso de razón.

Gran parte de las fiestas y ceremonias religiosas estaban regidas por el calendario anual que estaba dividido en 18 meses de 20 días, más cinco días que eran aciagos: los *nemontemi*, durante éstos no se celebraba ninguna fiesta. Este calendario estaba basado en el ciclo agrícola. Cada uno de los meses estaba dedicado a un dios y se hacían ceremonias propiciatorias a cada uno de ellos.

Sahagún<sup>6</sup> narra cómo el décimo ter-

<sup>6</sup> Sahagún, Bernardino de, *Historia General de las Cosas de Nueva España*, México, Editorial Porrúa, 1979, p. 138.

cer mes del calendario azteca, que llamaban Tepeilhuitl, hacían fiesta en honor a los montes y en memoria de los que habían muerto en agua o heridos por el rayo y de los que no se quemaba su cuerpo, sino que los enterraban:

También a las imágenes de los muertos les ponían sobre aquellas roscas de zacate y luego en amaneciendo ponían estas imágenes en sus oratorios, sobre unos lechos de espadañas o de juncias o juncos, habiéndolos puesto allí luego les ofrecían comida, tamales y mazamorra, o cazuela hecha de gallina o de carne de perro, y luego los incensaban echando incienso en una mano de barro cocido, como cuchara grande llena de brazas, y a esta ceremonia llamaban Colonoac. Y los ricos cantaban y bebían pulcre [pulque] a honra de estos dioses y de sus difuntos: los pobres no hacían más que ofrecerles comida... En esta fiesta mataban algunas mujeres y un hombre a honra de los dioses de los montes...

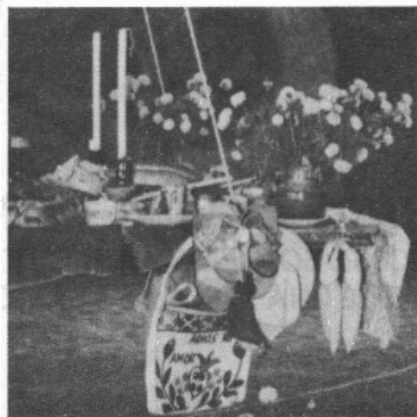
En el décimo octavo mes, llamado Izcalli, hacían fiesta al dios del fuego, el



que llamaban Xiuhtecuhli o Ixcouzauhqui. Sahagún<sup>7</sup> narra que:

hacían una imagen a su honra, de gran artificio, que parecía que echaba llamas de fuego de sí... A los diez días de este mes sacaban fuego nuevo a la media noche, delante de la imagen de Xiuhtecuhli muy curiosamente ataviada, y encendidos fuegos luego en amaneciendo venían mancebos y muchachos, y traían diversos animales que habían cazado en los diez días pasados, unos de agua y otros de tierra, y ofrecíanles a los viejos que tenían cargo de guardar a este dios, a ellos echaban en el fuego a todos aquellos animales, para que se asasen, y daban a cada uno de estos mozos y muchachos un tamal hecho de bledos [amaranto], que ellos llamaban uauhquiltamalli, los cuales todo el pueblo ofrecían aquel día, y todos comían de ellos por honra de la fiesta; comíanlos muy calientes y bebían y regocijábanse.

Al llegar los españoles al México antiguo, dos culturas se encuentran y confrontan. Dos formas de concebir el mundo, totalmente diferentes. Una, desde la óptica europea del cristiano español, con fuertes reminiscencias medievales y anclada en una serie de creencias mágico-religiosas, cubiertas por un velo fanatizante y enmarcado en un fuerte etnocentrismo. La otra, la cultura hegemónica de Mesoamérica, el pueblo del Sol, cuya vida gira en torno a su religión, la cual le impone una existencia dedicada a mantener el orden del mundo y la existencia del propio universo, alimentando continuamente a los



dioses mediante la sustancia preciosa y vital: la sangre de los sacrificios humanos; ya que de acuerdo con sus tradiciones, ellos han sido el pueblo elegido para cumplir esta trascendental función cósmica de ayudar a los dioses para alimentar al Sol.

Pero, como señala Caso,<sup>8</sup> el pueblo azteca tenía, además de este ideal cosmológico, un ideal ético que realizar. La concepción que tenían del pecado era la de la embriaguez y la incontinencia sexual; pero el pecado más grave era la falta de cumplimiento a los deberes para con los dioses o el temor en el combate. Y la virtud principal, el valor y el estoicismo ante el dolor y la muerte. Para los aztecas, esta vida no es sino un tránsito para otra forma de vida.

Como observa Westheim,<sup>9</sup> los dioses mexicanos eran encarnaciones de

las fuerzas de la naturaleza, que la mayoría de las veces eran hostiles, destructoras y hasta demoníacas. Era una religión del temor. Y el temor se vuelve adoración. El hombre sólo posee el conjuro mágico para ejercer influencia sobre los dioses, y los sacrificios —a veces humanos— que les ofrenda para tenerlos propicios. Pero en medio de ello, el hombre vivía en constante incertidumbre, por el temor de que sus conjuros mágicos no fueran suficientes, así como sus ofrendas propiciatorias a los dioses. Esta lucha de la fuerza mágica de la naturaleza, de los dioses y de los espíritus contra la fuerza mágica del hombre es lo que confiere a la existencia del hombre prehispánico el fatalismo, que hasta la actualidad subyace en el mexicano de hoy.

La religión de los aztecas, que fue la impulsora de este pueblo, a la postre se convirtió en un freno, porque su forma de concebir la vida era como un ciclo repetitivo, invariable, no progresivo. Así pues, ellos creían que su vida dependía de los dioses y a ello se atenían, de esto deriva también su profunda religiosidad, que subsiste hasta la fecha.

Así, estas dos cosmovisiones, diametralmente diferentes, se cruzan, chocan, se confrontan, se superponen, y a través de la Conquista y la Colonia van conformando una nueva cultura y una nueva forma de concebir el mundo y el más allá. En el ámbito de lo religioso, se suman rasgos selectivos de ambas religiones, se superponen otros, y otros más se identifican y se funden, dando como resultado un sincretismo religioso que hasta la fecha se sigue conformando, y podemos constatarlo en las tradiciones de nuestro pueblo mexicano, como en el caso del culto a los muertos.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 93.

<sup>8</sup> Caso, A., *op. cit.*, pp. 122, 123.

<sup>9</sup> Westheim, Paul, *ibid.*, p. 94.